

Marcel Schwob



Si bien el aniversario del nacimiento de Marcel Schwob está próximo: 23 de agosto, por estos días, hace cincuenta años, la editorial Cultura publicó, en el tomo VI, número 3, la primera versión a nuestro idioma de *Mimos* y *La cruzada de los niños*, traducidos por Rafael Cabrera, casi miembro del Ateneo de la Juventud. Cabrera encomiaba, en la que podría ser una de las primeras noticias de Schwob en México, su lenguaje preciso, la limpieza de su estilo y el encanto remoto de los héroes de sus ficciones. Schwob abonó, con cierta fluidez y concisión, la prosa de algunos escritores nuestros. Cinco años más tarde, Cabrera dio a conocer, en la misma editorial Cultura —volumen 1 del tomo XV—, el más leído de los libros de Schwob: *Vidas imaginarias*.

Si *Mimos* y *La cruzada de los niños* sugirieron un nuevo tratamiento de ciertos temas, *Vidas imaginarias* podría ser la culminación de su propósito: deslindar los hechos generales de los distintivos; lo común de lo intransferible; lo que puede inducir a formular una regla general de lo que es, radicalmente, particular. “El pintor Hokusai esperaba llegar —escribió Schwob— cuando tuviera ciento diez años, al ideal de su arte. En ese momento, decía, cualquier punto, cualquier línea trazados

por su pincel estarían vivos. Por vivos, entendidos individuales. Nada más parecido que los puntos y las líneas: la geometría se funda en ese postulado. El arte perfecto de Hokusai exigía que nada fuese más diferente. Así, pues, el ideal del biógrafo sería diferenciar infinitamente la misma metafísica.”

El rey de la máscara de oro, *Corazón doble*, *La puerta de los sueños* y el *Libro de Monelle*, sobre todo este último, dieron a Schwob, no menos que sus traducciones al francés de *Moll Flanders* o *Hamlet* —con la única advertencia de Gide de que, ante el esfuerzo de Schwob por no sacrificar ni una repetición, ni un repliegue, daban deseos de decir: esto tiene que ser muy bonito en inglés— le dieron cierta fama literaria. Gide, que nada dejaba fuera del espejo en que sólo él se veía, como reflejo de su tiempo, dejó una imagen de Schwob borrosamente fiel: “Cuando lo conocí —anotó en su *Diario* a fines de 1925— Marcel Schwob ocupaba en la calle de la Universidad un entresuelo de lo más curioso. Su pequeño alojamiento estaba situado entre el segundo y el tercero y se comprende así que fuera muy bajo de techo. Creo que no había allí más que dos habitaciones: aquella en la que recibía estaba llena de libros y papeles; comprendo que estuviera ob-

sesionado por el constante deseo de viajar, porque allí tenía que sentirse terriblemente encerrado. Había, si mal no recuerdo, una pequeña chimenea en cada pieza; en todo caso, había encima de esta chimenea o de algún mueble, un espejo, y este espejo estaba casi completamente tapado por telas y papeles.

Schwob me explicó muy pronto que no podía soportar los espejos o, por lo menos, ver su imagen reflejada en ellos; tal vez padecía al verse feo. No tenía nada de bonito, desde luego, pero su mirada era de una dulzura muy atractiva y estaba en perfecta armonía con el tono de voz. Era muy bajo y no precisamente obeso, pero parecía relleno de afrecho; era flojo, blando. Hacia el fin de su vida, terriblemente consumido por la enfermedad, parecía, más que delgado, vaciado.

“Su amabilidad no tenía límites; tenía empeño en dirigir la curiosidad intelectual de sus amigos hacia lo que creía que podía dejarles satisfechos. No olvidaré nunca que fue él quien me hizo leer a Ibsen, pero se equivocó al aconsejarme que comenzara por *La dama del mar*...”

Gide, seis años después, recibía un folleto escrito en los Estados Unidos: *Marcel Schwob and André Gide (A literary affinity)* y recuerda una actitud suya, referida sutilmente a Schwob: al publicarse *Les nurratures terrestres* y el *Livre de Monelle* —1897—, Schwob, dice Gide, se molestó con él por la coincidencia en una misma necesidad, pero, en verdad, porque su libro, espontáneo, sincero, aplastaba al de Schwob. No obstante el *Libro de Monelle* fue acogido con mayor curiosidad. Treinta y cuatro años más tarde, al pretender Gide revelar un rasgo íntimo de la verdadera naturaleza de Schwob, reveló también la suya: cierta tristeza del bien ajeno que se da en las letras como en ninguna otra tarea humana. Cecco Angiolieri, el poeta rencoroso, es un ejemplo de esa conducta.

Schwob deseó narrar, con exactitud, las existencias únicas de los hombres, ya fueran divinos, mediocres o criminales. No pocas de sus páginas son fruto de la asidua labor de abreviar una vida en unas cuantas escenas significativas.

Las siete narraciones de Borges, en su *Historia universal de la infamia*, podrían ser, aunque creadas a expensas de otros estímulos, el límite extremo del arte de Schwob.